

# Las Máquinas Pensantes y El Hombre

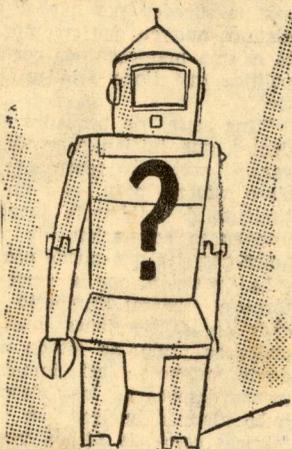
LP 26/01/1959

p 10  
por Sebastián Salazar Bondy

Kapek, el famoso novelista checo, previó un mundo de autómatas, de entes artificiales, a cuyo imperio sucumbiría la humanidad. También imaginó, como horrible metáfora de aquello, la invasión del orbe por ciertas salamandras inteligentes y sin sentimientos, y, en otro lugar, una máquina productora de espíritu. En todos los casos, su pronóstico culminaba con una catástrofe universal desatada por artefactos animados, cuyos cerebros urdían, al fin, la destrucción de sus inventores. Se sostiene ahora que dichas fantasías están a punto de cumplirse en la primera etapa y que es cierta, la premonición novelesca de Kapek. Se trata del desarrollo de la cibernética, de los servomecanismos y de las máquinas electrónicas del cálculo, en torno a los cuales se ha desencadenado una agitada polémica.

Tanto ha sido el reciente avance de la ciencia en este terreno que Norbert Wiener, creador de una teoría general sobre el control y la comunicación en la naturaleza y la sociedad, ha hallado bases para sostener que ciertas máquinas electrónicas, cibernéticas como él les ha llamado, piensan, poseen deseos y hasta sufren de neurosis. La afirmación es falsa, pues ha sido refutada contundentemente, pero tras ella han ido y van muchos técnicos norteamericanos y europeos contemporáneos. Las evidencias externas, además, sensacionales desde cualquier punto de vista, apoyan los argumentos de los colegas y discípulos de Wiener. Tal suce-

de con la *machina speculatrix* de Grey Walter, pequeño mecanismo, complejo en su estructura, que rueda, evita los obstáculos, actúa relacionándose con respecto a otro similar, se alimenta y parece sentir afecto hacia sus semejantes. El mecanismo CORA del mismo inventor —denominado también *machina docilis*— obedece a órde-



nes dadas por un silbido y tiene algo que puede llamarse, a la manera del mecanismo psicológico animal, reflejos condicionados. La cosa no termina aquí. Se proyectan o realizan con fundamentos teóricos coherentes, la máquina equilibrada como un organismo, el jugador mecánico de ajedrez, el supercerebro que sobrepasa la actividad mental del hombre, el servomecanismo que escribe poemas y novelas y, por último, los artefactos vivientes que se reproducen... ¿Es el principio del fin?

Este sueño humano, sin embargo, no es nuevo. Los alquimistas medievales aspiraron a fabricar en una de sus pesadas y humeantes retortas el homínuculo, un hombreccillo realizado por prodigio de la química primitiva y la magia mancomunadas, y a partir de ellos, ante cada descubrimiento científico, la imaginación ha desplegado sus alas hasta la posible ejecución de un plan de índole divina: dar origen por medio de la materia inerte a la vida. Nuestro siglo, tantas veces acusado de chato y vulgar es pródigo en ensoñaciones de esta clase. Cuando no se aplica, como en los casos citados, a fracturar el secreto de la existencia yendo tras su clave última, mira al firmamento, le envía mensajes y alienta la esperanza, a veces aterrorizada, de que del infinito provengan seres ultracivilizados que nos enseñen a obtener lo que nuestra voluntad y nuestro saber no han podido lograr. Se trata de una suerte de predisposición al mesianismo, que acompaña al alma humana desde su aparición en el globo.

Pero podemos estar tranquilos. Nada de lo que hasta ahora hay, tanto en el terreno de la cibernética como en cualquier otro de la ciencia, es ajeno al hombre y a su inteligencia. La máquina que en fracciones de segundo realiza la operación matemática que necesitaría el dilatado trabajo de cien sabios, es obra a la postre, de otros cien sabios y calcula lo que el hombre quiere que calcule. El escarabajo metálico que escamotea las dificultades en su ruta y sigue instrucciones sonoras, está hecho con combinaciones electromagnéticas, válvulas electrónicas y células fotoeléctricas hechas y regidas por el hombre. El cohete teleguiado que va al espacio sideral y se convierte en novísimo satélite, es una prolongación audaz y general del hombre. El hombre podrá matar cuando quiera estos entes que parecen autónomos, pero que le obedecen con diligencias sin rebeldía, más sumisamente que los animales domésticos, que los ríos tempestuosos, que las fuerzas naturales que se han puesto a su servicio. El pensamiento le pertenece y le pertenecen sus frutos, cualesquiera que ellos sean.